

Dolores Castro: crecer entre ruinas
de Mariana Bernárdez

Gerardo Ochoa Sandy



ME ASOMÉ POR PRIMERA VEZ A LA POESÍA de Dolores Castro en 1991. El 30 de abril falleció Octavio Novaro y propuse ocuparme de su perfil en mi texto semanal para la sección cultural de la revista *Proceso*. Vicente Leñero sugirió ampliar la revisión al grupo de escritores que en 1955 fueron incluidos en una antología poética, *Ocho poetas mexicanos*, publicada por la revista *Abside*, que dirigía Alfonso Méndez Plancarte. La publicación fue tachada de confesional, los ocho poetas mexicanos comenzaron a ser llamados los ocho poetas católicos, y la crítica los colocó en la circunstancia de cierta marginación.

En la antología figuraban Efrén Hernández (León, 1904-1958), Rosario Castellanos (Ciudad de México, 1924-Tel Aviv, 1974), Javier Peñalosa (Ciudad de México, 1921-1977), Honorato Ignacio Magaloni (Mérida, 1898 - Ciudad de México, 1982), Octavio Novaro (Jalisco, 1910- Ciudad de México, 1991), Roberto Cabral del Hoyo (Zacatecas, 1913-Ciudad de México, 1999), Alejandro Avilés (Sinaloa, 1915-Ciudad de México, 2005) y Dolores Castro, nacida en Aguascalientes en 1923. Poco a poco, la obra de algunos de ellos había abierto su brecha y, para el año de la muerte de Novaro, compilaciones de tres integrantes del grupo figuraban ya en el catálogo del Fondo de Cultura Económica: *Obras* de Efrén Hernández (1965), *Poesía no eres tú* de Rosario Castellanos (1971), y *Obra poética* de Roberto Cabral del Hoyo (1980). Ese 1991 el Instituto Cultural de Aguascalientes había reunido también, bajo el título de *Obras completas*, la poesía escrita hasta entonces por Dolores Castro, más una novela corta, *La Ciudad y el Viento*.

Este apunte da contexto a la relevancia que tiene *Dolores Castro: crecer entre ruinas*, de Mariana Bernárdez, que publica la UAM, el Fondo Editorial del Estado de México y Ediciones del Lirio, dentro de la crítica de las letras mexicanas de la segunda mitad del siglo xx. Mucho se ha escrito de Rosario Castellanos, también de Efrén Hernández, en menor medida de Roberto Cabral de Hoyo, y seguirá escribiéndose. Siguen asimismo pendientes revisiones más detenidas de Avilés, Novaro, Peñalosa y Magaloni. Sin embargo, se había vuelto imprescindible contar con un instrumento de navegación que guiara hacia Dolores Castro, galardonada en 2014 con el Premio Nacional de Literatura y Lingüística, la única del grupo en recibir la distinción.

Mariana Bernárdez ofrece un relevante montaje de aproximaciones. Sin someterse a los cánones de la semblanza biográfica ni a las exigencias del análisis académico, asunto en el que se desplaza con gran naturalidad, realiza una puesta de vida y obra de Dolores Castro desde distintos ángulos y formatos: la entrevista, el ensayo-homenaje, la reseña, un intercambio epistolar que propicia la inclusión de

poemas inéditos, y un texto de Gustavo Peñalosa, hijo de Dolores Castro, y Javier Peñalosa, escrito para un homenaje a su madre realizado en 2014. Esto vuelve a *Dolores Castro: crecer en ruinas* en una asedio polifónico.

Señalaré al paso que los textos incluidos en las secciones de índole crítica, “Textos de homenaje” y “Reseñas”, casi la mitad del volumen, conforman una lectura dedicada de su obra, que ameritaría una reflexión puntual por parte de críticos cultivados en esas cuestiones. Indicaré también que el apartado “Cartas y poemas” desliza las complicidades literarias entre ambas, a causa de una recíproca empatía. Mientras, el capítulo “Celebrar la vida”, que acoge el texto de Gustavo Peñalosa, revela a un escritor que rehúye a los lectores. Me ocuparé, no obstante, por tratarse de la faena que menos ignoro, de su oficio como entrevistadora.

Mariana Bernáñez reúne dos entrevistas realizadas a mediados de los noventa y dos más en años recientes. Las cuatro apuestan por diferentes temas y son resueltas de maneras distintas desde el punto de vista formal. Las emparenta la decisión de no incluir las preguntas que formuló, desaparecerse como entrevistadora, en apariencia para que predomine la voz de la entrevistada. Hay una intención adicional, que se palpa desde el inicio de la primera conversación: la desaparición que se auto-impone suscita su aparición como narradora. Sin olvidar la naturaleza testimonial del género, escribe cuatro relatos donde convierte a la poeta en un personaje literario.

En la primera, “Crecer en ruinas”, escrita en primera persona, Dolores Castro recuerda el ambiente zacatecano de su infancia, desde las desventuras del clima hasta las asonadas de la Revolución, y su traslado a la Ciudad de México. En el origen de su vocación están las bibliotecas de su bisabuelo y abuelo. La Facultad de

Filosofía sería una de las más bellas etapas de su vida. La amistad con Rosario Castellanos y la gestación del grupo de los ocho poetas mexicanos concluyen el vistazo biográfico, que se completa con sus reflexiones acerca de lo publicado entre 1949 y 1990, las motivaciones que alentaron la escritura de esa etapa.

En la segunda, “Acerca de la cultura”, la entrevistadora vuelve a difuminarse, limitándose a la nota que ubica la charla dentro de una serie agrupada bajo el título “La cultura al borde de un ataque de nervios”, que publicó la revista *Casa del tiempo* en su número 42 de julio-agosto de 1995. Dolores Castro apunta hacia flaquezas que se han vuelto crónicas: la frágil permanencia de las revistas culturales, el vacío de las bibliotecas, las deficiencias de la educación básica, los recortes presupuestales. Su percepción, de hace veinte años, como la de muchos otros escritores que han llamado la atención sobre tales cuestiones, sigue vigente. Algo estamos haciendo mal.

En “A tantas voces de viento”, Mariana Bernáñez cambia la tonalidad y se asume como narradora que entra a la conversación, de manera más clara al inicio y al final, volviéndose su presencia más vívida aunque igualmente discreta, y dándole la intención de un cuento. No es gratuita su apuesta, pues el encuentro versa sobre *La Ciudad y el Viento*, la novela de la poeta, publicada en 1962 y descalificada por Emmanuel Carballo por la vía fácil de llamarla “provinciana”, que aborda los años siguientes a la Revolución y los rastros de la guerra cristera. Es así que pasa del registro de las circunstancias de la conversación, ocurrida en 2003 y que dormitó doce años antes de que se publicase en 2015, a la valoración de sus cualidades narrativas, y alterna la voz de Dolores Castro con las citas de algunos pasajes de la novela, ubicados con afán contrapuntístico. El

remate del relato va en pos de su arranque, colmado de cántaros de lluvia.

La cuarta entrevista, “Pensar un poema” ocurrió el 13 de abril de 2015. Mariana Bernárdez decide replegarse y deja a Dolores Castro con su voz a solas, un monólogo que se ocupa de la imposibilidad de la escritura de un poema acerca de los crímenes en Ayotzinapa. La poeta tirita, la lucidez para la evaluación de los sucesos la abandona, su estupor refleja esa conmoción que se colectivizó. En el testimonio breve de ese encuentro Dolores Castro, sin darse cuenta, dicta el poema que no pudo escribir y que es justo la explicación de su imposibilidad: “es que no pude escribir un poema, es que tanto no me cupo en el cuerpo”.

En *Dolores Castro: crecer entre ruinas* hay una entrevista más, escondida en la sección “Textos de homenaje”, ese ensayo en tres partes titulado “Tres calas sobre Dolores Castro”. La primera parte, “Un poema”, está dedicada a *El corazón transfigurado* publicado en 1949. La segunda, “Un ensayo”, versa en torno a la conferencia de la poeta “Dimensión de la lengua en su función creativa, emotiva y esencial” difundida en 1989. La tercera, lo que nos compete, “Una entrevista”, titulada “Dolores Castro o la fidelidad a la palabra”.

Es justo cuando Mariana Bernárdez explica, aunque no hacen falta, las razones de su aparente silencio, derivado de la vívida impresión que le causaba lo que le decía la poeta. Es también donde Dolores Castro, aunque sin duda lo hace a lo largo de las conversaciones, acuña su más justa noción de su tarea de vida:

“El poeta es un cobijo de palabras y sus palabras, su desnudez. La poesía da conocimiento porque se introduce en el instante de contemplación, se mira con una mirada amorosa, con una mirada que comunica a una persona con un objeto o con otra persona desde lo más íntimo, y ver desde lo más íntimo es conocer”. ▲▲▲



Mariana Bernárdez
Dolores Castro: crecer entre ruinas
México, UAM / Fondo Editorial del Estado de México /
Ediciones del Lirio, 2015, 140 pp.